

Visión Poética de

## Isabel de Castilla

I

**E**N mitad de una llanura grande, ancha, de la alta y pía Avila, en la cima de la meseta central, hay una villa amurallada, de gentil y claro nombre, insigne en nuestra Historia: Madrigal de las Altas Torres... Allí nació en 1451 Isabel la Católica. Nació en este lugar, y este nombre prevalece en contra de las maquinaciones eruditas que hacen nacer a Isabel en Avila, en Segovia, en Madrid...

El nombre tiene romance, canción de historia y lejanía y, sobre todo, eufonía de siglos y prosapia. Madrigal de las Altas Torres... Cuentan también las crónicas que aquí hubo un menestral—un pastelero— que se hizo pasar por rey. Tan pequeño pueblo para sucesos de tanta monta.

Galdós habló sobrecogido del taciturno paisaje en que está metido Madrigal. Estampas y letras me tuvieron cautivo de tan sugerente nombre. Ahora voy acercándome a Madrigal, como otro juglar cualquiera. Las palabras de Galdós resuenan en mi mente. Salí de Arévalo bien de mañana, con un cierzo fino y un pálido temblor de estrellas; cantaron los gallos a mi paso; en los sembrados verdes y anchos he venido oyendo el tímido arpegio de esas ignotas avecillas que brincan en el aire anunciando el gozo de la más tardía primavera de Castilla. Me siento libre y feliz como esa avecilla. El cielo, los desmesurados labrantíos, el paisaje lejano entero es mío... Se ha dicho también que Arévalo es el escenario de la niñez de Isabel. Que sigan los eruditos...

II

Pueblo de los más «vetustos y sepulcrales» de España; así lo ha definido Galdós. Dentro del lugar la plazuela de soportales, la calleja dormida, respiran la soledad del tiempo de Isabel. Todo está igual que entonces... Anonada el silencio y la lejanía de aquel tiempo de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna. Isabel es una infantita menuda, de ojos azules y rubios cabellos. Hija del rey Don Juan y de la princesa Isabel de Portugal, su vida anda en inge-

nuos romancillos, en cantigas aldeanas; su encanto delicado, áureo y azul, campesino, es extraño que haya de acuñarse con tal timbre de grandeza que entrañe la creación de un Estado, la fuerza de una nación.

Doña Isabel de Castilla posibilitará el surco descubridor a las carabelas de Colón; entrará victoriosa en la Alhambra, poniendo fin a una lucha de siglos; forjará un Estado nacional unificando el mosaico de reinos; dará a la posteridad un estilo y una política; creará la Unidad hispánica, echará las bases del absolutismo; reformará el clero; encarnará un reinado genuinamente español, aunque cercene fueros y libertades...; se hará amar del pueblo. Pero ahora, a pesar de esa grandiosa singladura universal que le reserva el Destino, ahora... es pequeñita, una infantita aldeana, y debe jugar como los demás niños. ¿Quién sabrá el diminutivo familiar con que se le nombraría?

Las crónicas nos dicen que visita a los pobres, a los siervos de la gleba, a los enfermos desvalidos, a las gentes humildes del pueblo (de Madrigal o de Arévalo), prodigando socorro y consuelo, el regalo de su sonrisa y el cuento maravilloso de su presencia. Lleva los cabellos rubios recogidos, blancas tocas, veste talar de anchas mangas. Su infancia se desliza tranquila como los mansos ríos de la alta Castilla, en una paz de tañer de esquilas, del canto de la alondra, del sol que besa las almenas de Madrigal. ¿Quién legaría sus cantos y sus rezos y sus risas a una poesía de imposible?

Su delicada personilla es popular en las altas tierras centrales. De vez en cuando va con su madre a Medina del Campo y se la ve dirigir sus sonrisas por doquiera en el mercado. Pasa temporadas en Segovia, en el Alcázar, y corre bajo los árboles hacia la clara corriente del Eresma... ¿Dónde estará el agua que copiaría la imagen de la egregia Isabelilla? También visita el castillo de los Zúñigas en Arévalo. Vedle atravesar la poterna, años después, del castillo de la Mota... Digamos con el poeta:

«Torre del Homenaje de la Mota,  
sedienta de Castilla, romancera.  
Para formar la guardia en tu castillo,  
dame la espada limpia de Isabela».

Las gentes la conocen en Tordesillas, en Simancas, en Palencia; en gran parte de las Castillas del Cid. Siempre tiene en flor la sonrisa. Los niños le besan las manos por las calles. Se la educa en la austeridad de las costumbres castellanas y la forja del vivir en la soledad del castillo y el temor de Dios. Espejo de «endurecidas y rígidas virtudes», vive en la plácida quietud y en el mirar al cielo, a imagen de la corriente y los chopos del Duero, que ella ha visto en sus cortos viajes. Dicen que cosía la ropa de su madre, que bordaba y aprendía en la levadura de la mujer castellana. Aprendía gramática latina, y no tardó mucho en saber de Fueros, cartas pueblas, juro y libertades.

Llega así la adolescencia. Enrique IV, su hermano, no tiene sucesión; y pueblos y villas y ciudades sueñan con la realeza de Isabel. La cantan en romances; juglares y trovadores, Un príncipe aragonés se ha enamorado de ella... Aunque la política de los matrimonios juegue su papel. Como en las trovas que ella ha oído al son de rabeles y laúdes, como en los versos pastoriles y en los cantarcillos y madrigales de los grandes poetas que ella lee, como en los lances de Caballería, Isabel sueña con su príncipe, que se llama Fernando y es apuesto doncel.

Se casa a los dieciséis años y pronto es princesa de Asturias. Se marchan los esposos a vivir a Dueñas: el palacio estará abierto siempre a menesterosos y necesitados de justicia. Corrige entuertos de los señores, está pronta a la defensa de cualquier villorrio a punto de ser atropellado. Es hermosa la figura de Isabel... Antes que princesa y prócer figura de la Historia, lo que gusta de ella al poeta es su sencillez, su auténtica virtud y fortaleza de castellana.

Madrigal tiene el aroma de su infancia. Medina, la sombra de sus postreros días.

RICARDO DE VAL



Lea Ud.

## «ALCANTARA»

Y PROPÁGUELA ENTRE SUS AMISTADES.  
DE ESTE MODO CONTRIBUIRÁ A DIFUNDIR,  
DENTRO Y FUERA DE NUESTRA REGION,  
LAS LETRAS EXTREMEÑAS.

### POESIAS de DICIEMBRE

#### CUANDO LO MIRÉ...

Mirando la luz me quemé.  
Ay, amor y Niño que nació en Belén.

Nació por mi bien  
el sol de mi fe.  
Lumbre lumbrerada  
la noche desgrana  
y flor la mañana  
luz de qué alborada.

El alma perdí  
sin saberlo, allí,  
en el portalico  
por mirar a Aquél  
tan tierno doncel  
Dios y desnudico.

El alma gané  
sin saberlo y fué  
cuando lo miré.

#### MADURA LA FLOR...

Pisad con garbo de estrella  
si os levantáis con el alba,  
ángel o sueño o pastor.  
María, madre y doncella,  
rosal de tan tierna flor,  
es lumbre y pureza de todo albor.

Los madrugadores  
cantad los albores.